Año IX — Barcelona 4 de Septiembre de 1912 — Epoca 4.ª—Número 125

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . . 1'00 »
» Extranjero » . . 1'50 »

POR LOS PRESOS

En el primer número de *Cultura Libertaria*, de Coruña, se invita a todos los periódicos anarquistas y sindicalistas de España y del extranjero, así como a las sociedades e individuos que simpaticen con nosotros, a realizar una fuerte agitación mundial en pro de los obreros que se hallan sufriendo las consecuencias de esta corrupta sociedad, en cárceles y presidios, por defender la noble y altruista causa de los oprimidos.

Estamos completamente identificados con el pensamiento de nuestro querido colega y creemos que ya es hora de que cese la indiferencia con que la clase trabajadora ve la continuidad de las cárceles y presidios llenos de obreros, muchos de los cuales no han delinquido ni aun mirado el hecho desde el punto de vista estrechísimo de los códigos y las leyes, porque a pesar de la mayor o menor legalidad en que aparecen envueltas las condenas, al más pequeño examen se descubre la diferencia que existe entre lo legal y lo justo.

Proximamente dos meses hace que al anunciarse la probabilidad de que en octubre se concediera una amnistía por delitos políticos, publicamos dos artículos excitando a los sindicatos obreros a una campaña de mitins, excitación que fué acogida con una gran indiferencia, hasta el punto de que sólo tenemos noticia de que se hayan celebrado mitins con tal objeto en Sabadell, Alcoy y alguna pequeña, pero entusiasta, localidad de Andalucía.

A pesar de que lo procuramos, no podemos adivinar las causas a que obedece que sindicatos que tienen buen número de compañeros presos o emigrados, no se preocupen de este utilísimo asunto.

Por lo que respecta a Barcelona aludimos directamente a las sociedades de Metalúrgicos, Carreteros, Arte de Imprimir, Fundidores, Ramo del Agua, que tienen deberes de compañerismo que cumplir, y que de no cumplirlos incurren en grave responsabilidad moral, al igual que las de otras localidades que se hallan en igual caso.

Nosotros, por lo que respecta a España, desearíamos que fueran los sindicatos los que llevaran a cabo la agitación necesaria para recabar la libertad de los obreros presos; pero si así no ocurre, si los sindicatos no cumplen con tan elemental deber, continuaremos la campaña en unión de la prensa anarquista, y convencidos de cuanto puede una voluntad constante, no cejaremos en ella hasta conseguir que los presos, desterrados y emigrados, vuelvan al seno de sus familias.

La experiencia nos ha demostrado lo que puede la acción constante. A ella se debió que los supervivientes de Montjuich, los condenados por los sucesos de Jerez, por los de Alcalá del Valle, y la mayor parte de los de la justamente llamada semana gloriosa salieran de las cárceles. Convencidos de esta verdad, si los sindicatos abandonan a sus presos y desterrados, nosotros no los abandonaremos.

No olviden que muchos de los beneficios obtenidos en las luchas contra el capital son debidos única y exclusivamente a la energía de los que hoy se hallan entre rejas. Y siendo así, puede continuar la indiferencia de los que obtuvieron ventajas gracias al sacrificio de los caídos, o de los que, más afortunados, no cayeron en las garras de la ley?

Sensible sería que si se concediera la prometida amnistía, no alcanzara a los presos por cuestiones sociales; es decir, a los que lo están por incidencias ocurridas con motivo de huelgas.

Las sociedades obreras tienen la palabra y si se deciden a promover la agitación cuenten con nuestro concurso. En caso contrario los anarquistas lo haremos.

Todo por los presos.

El ambiente y el hombre

El génesis del ambiente en que se agita el doliente género humano tuvo por base la supresión de la verdad y de la justicia por medio de la imposición de la fuerza. Entonces el hombre creó el ambiente, hoy el ambiente hace al hombre.

La superfluidad de riqueza engendra almas miserables y corazones raquíticos y duros constituídos por una masa de oro y de diamante: el ambiente de miseria crea las almas nobles y los corazones grandes y compasivos formados en medio de las grandes tormentas de la vida por una serie interminable de perlas frías.

Los encumbrados se dedican al comercio de la vida, los de abajo al progreso por el mejoramiento de la existencia de todos los suyos.

Arriba no existe la conciencia, abajo, sí; las grandezas la anulan, las tribulaciones y las torturas la avivan y engrandecen. El encumbrado es moralmente raquítico; el obrero es grande, elevado.

El capitalismo detesta la justicia, el desposeído la ama, la anhela porque ella es su reivindicadora.

Los efectos del ambiente son por completo contraproducentes; la miseria dignifica, y la riqueza envilece: la miseria crea hombres inteligentes; la riqueza embota la inteligencia.

Abajo se estudian y crean ideales hermosos: arriba sólo especulaciones materiales invaden los cerebros.

Nunca vemos al rico instigado por la necesidad inquirir el misterio del porvenir: nunca lo vemos acosado, obsesionado por la idea de beneficiar a la humanidad, libertándola del oneroso y perpetuo servilismo que la deprime.

El encumbrado piensa, pero sus pensamientos nacen en su cerebro escritos con letras comerciales que es la eterna obsesión que lo persigue: es la eterna lección que inculca en su espíritu desde el momento que nace: la lectura del valor del capital.

Y en este recinto opresor e injusto, se agitan: viven una vida sedentaria y holgada, gozando y riendo sin tregua, mientras los que elaboran sus placeres, sufren y lloran sin consuelo.

Allí, en la cima social, donde los hermosos dones naturales están diseminados al azar y sin conciencia ni equidad, nacen las almas insensibles, y los corazones secos, crueles, inútiles y fríos.

Son secos porque se hallan constituídos por valores en vez de sangre, y, allá en su centro álzase la efigie de la usura, siempre sedienta, siempre ansiosa y ávida de devorar cuantas presas caigan en su poder, sin que nunca llegue a saciar su enorme y desordenado apetito.

Son crueles porque no les conmueven las penas y los infortunios que ellos mismos causan en la esfera interior.

Son inútiles porque no renuevan las auras de la vida, porque no quieren avanzar hacia la regeneración, y, mientras el obrero produce, ellos estudian planes para gozar y ofenderle con sus ostentaciones y forcejean por contener el progreso como único medio de sostener incólume la ominosa bandera del fatal parasitismo.

Son fríos porque fueron nacidos en ambiente amortiguado, sin ardores, sin lucha, sin dificultades que aguzasen su ingenio para mejorar su existencia. Nace el sol y sonríen, se pone y nada les importa: tienen sus gustos cumplidos sin esfuerzo alguno, y la felicidad entera está en sus manos, sin obligación a compartirla con aquel que no conoce de este mundo más que dolores y penas.

Se ríen si ven sufrir, y gozan si ven llorar.

Así son los verdaderos hijos del ambiente de la grandeza.

Pero en cambio tendéis la vista hacia abajo, al fondo del mundo social, y allí encontráis la fertilidad en las ideas y pensamientos que no cesan de germinar ennobleciendo los cerebros que los producen.

Buscan el saneamiento de la humanidad redimiéndola de la actual prostitución que la domina en todos los órdenes, moral y materialmente.

Ellos son los susceptibles a la compasión porque les apena el triste estado en que yace el mundo, y se mueven y especulan constantemente, buscando un medio ambiente de equidad y de justicia como único mejoramiento de la vida universal. Y su progreso a nadie lo deben; su propio esfuerzo los va gradualmente conduciendo hacia la época de luz y regeneración.

Ellos son los útiles porque producen la vida del parasitismo y la propia; porque buscan la regeneración social y la renovación de las auras de la vida envilecidas por los inícuos anacronismos vigentes.

Son los ardientes porque fueron mecidos en un ambiente de continua lucha, cuajado de escollos, donde sólo se respira el aura del dolor inveterado en el alma, y, donde siempre que atiendes, oyes la eterna canción de la desgracia.

Son los perpetuos réprobos de la vida; pero son los que conducen al mundo hacia el verdadero fin que le espera.

Pasan el día y la noche sin reposo, llevando en el fondo del alma el amargo torcedor de la desesperación, que cual perdurable cruz arrastran hacia el sacrificio, en cuyo final hallan la muerte como premio, después de cruzar la vida sin conocer la ventura. Para ellos morir es triunfar. Vagar por el mundo sin paz ni consuelo, rodeados por la cadena del infortunio que inicuamente les agobia, es morir.

Para ellos el sol y la lluvia son iguales; ni aquél disminuye su sufrimiento, ni ésta lo aumenta: reniegan continuamente, sin que jamás aparezca en su boca un átomo de sonrisa que indique satisfacción.

Y mientras ellos trabajan obstinadamente por su mejoramiento con el cambio de la faz del mundo, el rico los observa con un gesto de desdén, y riendo sarcásticamente de la justicia que encierran sus fundamentadas pretensiones.

El que no conoce la desgracia o ha triunfado de ella, se ríe del que sufre; el que la conoce o lo agobia con sus penas, lo compadece.

Este es el verdadero tipo del hombre que produce cada sistema de vida.

¿Lo véis? Su espíritu es el espejo contrapuesto de la situación en que ha nacido.

JUSTINO ACEBAL

Gijón.

De Verano

Castellar del Vallés 21 agosto 1912

El correo llegado hasta hoy me ha producido variadas sensaciones: amigos de Barcelona, de Mahón, de Madrid, de Biota, de la Habana, de Buenos Aires, de Londres, me atestiguan su afectuosa confraternidad en el ideal. A todos correspondo con amistosa gratitud por esta nota provisional, que confío leerán todos.

También me ha traído el número de TIERRA Y LIBERTAD con una mala errata, y el *Heraldo de Madrid* con una réplica de Morato que me da asunto preferente para hoy.

En mi artículo del número anterior «Solidaridad Mancomunidad», línea 11 contando desde el final, veo con horror que falta un NO, y donde dice *Pero acabará*, debe decir *Pero no acabará*. Los lectores habrán corregido el error tipográfico, pero bueno es que conste.

En el *Heraldo* veo refutado mi artículo «Mentalidad socialista», publicado poco antes, terminando la copia de algunos párrafos, comentados por mi buen amigo Morato, con un párrafo que comienza así: «Lo copiado, que viene a ser la teoría de *o todo o nada...*».

Prescindo de lo que de mortificante para mí pudiera haber en esa apreciación, que el lector burgués habrá considerado como lección contundente dada a un fanático simplista que sólo juzga por las apariencias. Contentos habrán quedado los suscriptores del *Heraldo* al leer que un competente en socialismo declara que *nada* obtendrán los que piden *todo, hasta que no llegue la plenitud de los tiempos*, o sea hasta el anochecer del día del juicio final.

No creo contento a Morato de su obra, y me parece que en este caso ha hecho original como cuando en la imprenta lo copiaba con el componedor; porque me consta que tiene juicio suficiente para no aplazar la participación de los desheredados en el patrimonio universal *hasta que*, como ha escrito, *la masa obrera sea consciente y ganada por entero a un ideal de redención*, lo que equivaldría a declarar irrealizable el ideal. Harto sabe Morato que una idea y una minoría consciente y enérgica rompieron siempre los diques opuestos al progreso, sin esperar a que la generalidad, ni siquiera la mitad más uno, decretaran la práctica de los ideales revolucionarios.

Tampoco puedo aceptar, créanlo si pueden los burgueses, que al movimiento sindicalista obrero que avanza y se generaliza en todo el mundo civilizado adoptando una actitud agresiva contra los poderes del privilegio, oponga Morato como preferible el socialismo de las Cajas de resistencia, de los expedientes y de la sumisión a los jefes, pasado ya de moda hasta en Inglaterra; ni que quiera comparar la Confederación General del Trabajo de Francia, que toma de La Internacional su ideal progresivo y revolucionario, con la Unión General de Trabajadores de España que sigue la tradición de La Internacional en lo que tenía de autoritaria y causó su disolución.

Verdad será que el campesino inglés gana más que el español, como parece que resulta de la estadística comparativa de Inglaterra y España; pero los números, que han de decir siempre la verdad, dicen también verdades relativas que resultan enormes mentiras; todo depende del modo de plantear los problemas; y en esto los socialistas siguen el método burgués. Así como los burgueses querían que el tercer estado fuera todo, los socialistas toman el cuarto estado, el obrero asalariado de la industria y de la agricultura, y sobre él calculan y teorizan, dejando como residuo despreciable un quinto estado irredento, los *unemployeds*, los incapacitados de cotizar por imposibilitados de comer a causa de grandes irregularidades sociales, los que emigran como aristas que se lleva el viento, o se mueren en un rincón, o se venden como esclavos en Chicago o acordaron un día acudir de todos los Estados de la República modelo a morirse de hambre ante el Capitolio de Washington.

Aunque los socialistas lo nieguen o lo olviden, en ese residuo hay humanidad, hasta él ha de llegar la emancipación que elabora el proletariado, y los anarquistas reconocen que de él puede lanzarse con legítimo derecho este grito de Goethe: «Yo quiero elevarme hasta donde haya llegado el hombre más eminente».

Y basta por hoy de este asunto, impropio de la estación y de las circunstancias, ya que aquí he venido en busca de reposo y alivio; y termino manifestando mi satisfacción por haber recibido la visita, junto con unos compañeros de Sabadell, de Portet y Casasola, lo que me proporcionó el placer de hablar de Ferrer, de la enseñanza racionalista, del destierro de Alcañiz y Teruel y de proyectos e iniciativas conducentes a la realización de buenas obras.

Otro día hablaré de aquí con preferencia, justificando algo más el título de la crónica.

ANSELMO LORENZO

Ave fénix

Cuando más se ensalzaba la Anarquía, cuando en el teatro, en la novela, en los periódicos y en las revistas, en mitins y conferencias de la Anarquía se hablaba; cuando en el por algunos llamado período heroico del anarquismo, se entusiasmaban los más suponiendo haber alcanzado su apogeo la propaganda de nuestros principios, lancé yo desde *El Despertar*, de New York y *La Questione Sociale*, de Paterson, la voz de ¡alerta! temeroso de que los *intelectuales* (entendiendo por tales a los que de la pluma viven), llegaran poco a poco a mixtificar nuestro redentor ideal, desviando a la masa obrera de la vía verdaderamente emancipadora.

Ahora que muchos de los nuestros otean grandes negruras en el horizonte idealístico, y que no es ya más moda entre los literatos y los artistas dar tintes libertarios a sus producciones y que realmente las agrupaciones pura y exclusivamente anarquistas son pocas y faltas de confianza en sí mismas, quiero cantar una ¡aleluya! al resurgimiento, con más potencialidad que nunca, del ideal anarquista.

Es que el ideal no lo vislumbro yo entre flores, sino que lo adivino o presumo sepultado bajo la broza.

Me explicaré. Para mí la Anarquía, es una deducción, no una premisa. Será el resultado natural de la abolición de la explotación del hombre por el hombre, no el de la liberación de la mente. Más que una cuestión moral, trátase de una cuestión material. O si se quiere una cuestión moral que no puede solucionarse sin haber antes resuelto la material. Para que la Anarquía sea posible, es indispensable que la clase trabajadora háyase posesionado de todos los medios de producción y cambio. Mientras la clase trabajadora no esté en condiciones de realizar de por sí una tal transformación, la Anarquía no pasará de ser una aspiración irrealizable.

Por eso, para mí, todo cuanto tienda a dar personalidad propia, conciencia y fuerza a la masa obrera, es labor anarquista, aunque no lo digan los que la hacen. No lo es, aunque así lo crean los que tal hagan, todo cuanto tienda a apartar de la clase obrera a los hombres.

Parecerá a muchos un contrasentido: pero, a mi modo ver, hace más labor anarquista el que se dedica a despertar, a agitar, organizar, enseñar a la clase obrera, que el que, aislándose o huyendo de ella para mantenerse puro, se eleva a las más altas regiones idealísticas para desde allí anatematizar a la masa embrutecida cantando el hosanna al hombre libre.

Este se convierte en un privilegiado, especie de tirano moral fustigador sempiterno, y a trallazos se puede llegar a dominar y esclavizar, mas no a convencer y libertar; mientras que el otro podrá infeccionarse con los detritus de la masa y no ser coherente en todas sus acciones cediendo a veces a la fuerza de inercia que en la masa reside; pero, poco a poco, y con impetuosidad en ciertos momentos, va elevando el nivel general de la masa, dándole conciencia de lo que es y de lo que vale, y preparándole para hacer factible su emancipación, la única que puede llevar a la humanidad a la Anarquía.

Los hechos atestiguan mi modo de pensar.

¿Qué quedó de aquella pléyade de estetas individualistas, libertaristas, salvajistas, etcétera, etc., que tanto embellecer pretendían el ideal anarquista con sus elucubraciones? Unos cuantos escritos de ellos mismos olvidados.

¿Qué ha surgido, en cambio, de la labor hecha entre la masa trabajadora? Un movimiento obrero formidable que se abre paso doquiera y que transforma el mundo, más o menos aprisa según a él dediquen sus actividades con mayor o menor ahinco los anarquistas, estableciendo con la expropiación de la clase capitalista, la Anarquía.

Porque, una de dos: o los trabajadores no son susceptibles de elevarse a la categoría de hombres conscientes, y en este caso la Anarquía no es posible; o lo son, y entonces la Anarquía no sólo es posible, sino que emanará naturalmente de su manumisión.

Y que los trabajadores pueden elevarse a la categoría de hombres conscientes, lo demuestran con hechos librándose de tutorías políticas y religiosas y luchando briosamente por librarse también de la económica, que es la fundamental.

Y este grandioso movimiento obrero mundial, llámese como se llame, es el precursor del ideal anarquista.

Este, cual ave fenix, resurge de sus cenizas.

Yo la saludo.

P. ESTEVE

¡Vamos allá!

El desprecio no es un arma contra la infamia. No escupiréis a un reptil venenoso que os amenace si no después de haberle aplastado la cabeza.

NAIL-WANT

Los tiempos avanzan y no inútilmente para los que en ellos ciframos nuestras esperanzas a la vez que los acompañamos en su desliz con nuestro constante accionar. Satisfechos podemos estar. Cúmplense al pie de la letra nuestras profecías.

Los confiados de buena fe que esperaban que la burguesía fuese cediendo poco a poco mediante la pasiva imposición la parte que en el banquete de la vida nos corresponde tienen que rendirse ante la realidad; aquellos que por conveniencia de partido o personal se afanaron en demostrar con un sentimentalismo impregnado de sabihonda argumentación que la acción política del proletariado había de arrastrar a la bancarrota el régimen burgués, tienen en los momentos presentes que reconocer, no ya que vivieron engañados como los anteriores, sino que asisten a un entierro de ídolos, siendo éstos ellos cuyos ataudes cubren las multicolores banderas que ondearon únicamente en mitins, banquetes o en procesiones ridículas que los pequeños como grandes tiranos presenciaron sonrientes oyendo con atención los cánticos revolucionarios que brotaron de un entusiasmo momentáneo y no de un amor a las ideas, amor que ellos reconocieron que no había de pasar del corazón al brazo.

Pese á los castrados timoratos, el proletariado ha abandonado el camino de la constante exposición y confiada promesa que le hacía permanecer en un estado de sumisión mandataria obediente a la conveniencia de disfrazados luchadores y ha entrado en decisivo y franco período eminentemente revolucionario al cual se ha lanzado sin ídolos y sin banderas, reconociendo llegada la hora de que la demostración de rebeldía sea puesta en práctica, no por la palabra orlada de elocuencia castelarina que cautiva de momento el corazón, sino por la acción mancomunada de las individualidades sedientas de esa grandeza a que aspiran y que no se consigue con el dicho si no con el hecho en todo momento triunfante, que enseña, curte las energías del luchador impulsándole a la repetición constante de las grandes acciones en que se ponen de manifiesto el amor a las ideas y la grandeza del pensamiento, que dicta, del cual debemos de ser fieles y decisivos ejecutores.

Asistimos a los preludios de la Gran Revolución social: acá y allá el proletariado se agita; el simple motín que de momento nace en medio de un vocerío imprecador degenera en movimiento revolucionario que se esparce repercutiendo por solidaridad, en el cual se puede ver una franca tendencia de armonía hacia una finalidad puramente anárquica, y del mismo modo que el proletariado se agita, la burguesía temblona, no ya recelosa sino convencida de su finalidad, sintiéndose herida por el dardo certero de la acción individual o colectiva, se revuelve furiosa, manda, ordena y la matanza se consume, caen las víctimas desplomadas y ella ruge cual leona satisfecha al contemplar la carnaza que le sirvió para amasar su felicidad convertida en inerte masa; todo por haber tratado de quebrantar el sacrosanto derecho del goce ante el sufrimiento de los que para ella deben de ser abrigados por las entrañas de la tierra sin haber satisfecho sus más perentorias necesidades.

El crimen resalta, y una necesidad grande se impone justa y salvadora; inútil pensar en que la tiranía, en sus múltiples manifestaciones cederá un ápice en su cometido; la bandera negra há tiempo que enarboló, símbolo de la muerte, y ésta no se arría con el consejo impregnado de floriqueos sentimentales; llega la hora de elevar el pensamiento y contemplar el horizonte preñado de densos y negros nubarrones que presagian la tormenta y ésta como vemos llega precedida de lluvia de sangre. ¿Qué hacer?

Contemplemos al enemigo, hagamos un detenido examen de sus medios de lucha poniendo en parangón los nuestros; seamos francos, no seamos ilusos soñadores; seremos los vencidos, nuestros cuerpos rodarán por tierra si no pensamos en algo grande que es la suprema resolución en los momentos no menos supremos en que la vida querida se halla en presencia del ciego propósito del enemigo.

¡Vamos allá! No importa cómo; llegar es nuestra finalidad.

FERNANDO RAMOS

Madrid.

DE ACTUALIDAD

Las coacciones, ¿quién las hace?

Así que empieza, o no más se anuncia una huelga cualquiera, ya oiréis atronar el espacio por capitalistas y autoridades hablando de las coacciones que hacen o piensan hacer los obreros en defensa de la causa que sostienen.

Mas por poco que analicemos qué son coacciones y lo que pasa en todas las ocasiones en que lucha el capital y el trabajo encontraremos que, si coacciones se hacen, no son nunca los trabajadores quienes más las prodigan, sino sus enemigos.

Vamos a demostrarlo, pues.

Coacción, según los diccionarios, es *fuerza o violencia que se hace a alguna persona para precisarla a que diga o haga determinada cosa.*

Esta fuerza o violencia igual puede ser moral que material, pero siempre será la coacción tanto más grave cuanto más material sea la fuerza o violencia empleadas.

El código penal vigente, en sus artículos 507 al 510, se ocupa de las coacciones, que las sinonima con amenazas, sentando por consiguiente que la fuerza o violencia que pueda *legalmente*, es decir, *conforme a ley*, producir una coacción, tienen de ser fuerzas o violencias morales, si entendemos por materiales las que dejan sentir físicamente su peso y su daño en la persona.

A las violencias materiales la ley les da otro nombre y las castiga no por ser coacciones, puestas al código como a *delitos contra la libertad y seguridad*, sino por el daño material causado al agredido, por lo que la ley penal coloca estos actos en el grupo de *delitos contra las personas*.

Esto, no obstante, delante el sentido común siempre tiene de resultar que si es coacción emplear fuerza y violencias morales (amenazas) para precisar a una persona a hacer o decir tal o cual cosa, también será coacción, aunque mucho más grave, el juntar la obra a la amenaza o sea la violencia moral a la material para conseguir el mismo objeto. Y ya